

BUSCAR Y ENCONTRAR A DIOS

Es una sorprendente observación: la Iglesia enseña que podemos conocer con certeza la existencia de Dios. (CIC 36). Nuestra razón puede conducirnos a percibir la certeza de que Dios existe. Dicho con otras palabras: no es a través de la Revelación que somos por primera vez capaces de conocer la existencia de Dios sino ya por medio de nuestra natural facultad cognoscitiva. Esta doctrina demuestra una gran confianza en las capacidades del hombre. La Iglesia ha defendido una y otra vez la dignidad y capacidad de la facultad racional que Dios ha otorgado al hombre.

¡Cuán grande es el milagro de nuestra razón! ¿No es sorprendente cuando de repente algo se nos hace “claro” a la razón? ¿O cuando estamos enseñando a un joven y nos damos cuenta de que “ve” un punto relevante? Se dice que Einstein comentó una vez que lo sorprendente no era poder conocer el mundo sino el que fuera cognoscible. Es maravilloso como un niño reflexiona sobre una cosa hasta que tiene éxito y la entiende. Los investigadores no hacen básicamente nada diferente.

Pero más sorprendente es el hecho de que podamos captar la realidad, que seamos capaces de penetrar en ella y encontrarnos no con un caos sino con formas de orden cada vez más magníficas. (CCC 283).

Cuanto más profundamente los investigadores penetran en las diferentes esferas de la realidad, más atónitos los deja el orden de la creación que encuentran (CCC 299)

Somos capaces de conocer este orden porque existe. El mundo no es un embrollo ciego sino un “cosmos”, esto es una ordenada, “adornada”, maravillosa realidad (CCC 32).

¡No deja de ser sorprendente que no encontremos esto sorprendente!

¿Es tan obvio que el inmenso universo pueda contener un “planeta templado”, la Tierra, que pueda albergar las extremadamente improbables condiciones necesarias para albergar la vida? ¿Y no es mucho más maravillosa la existencia de los seres humanos capaces de conocer y maravillarse?

Todo el que es capaz de sentirse abrumado por tal maravillosa puede exclamar con el Salmista: ¡Oh Dios, Señor nuestro, cuán admirables es tu nombre en toda la tierra! (Salmo 8:9)."

Los filósofos tienen razón cuando colocan el origen de la filosofía en la capacidad de admirarse del ser humano. Va más allá la Sagrada Escritura cuando dice que el temor de Dios es el origen de la sabiduría y que solo “el necio dice en su corazón, ‘No hay Dios’” (Salmo 14:1).

Santo Tomás de Aquino sostiene que Dios es realmente la realidad “más cognoscible”, pues nada es más radiante, claro y verdadero que Dios mismo. Por eso ningún conocimiento satisface tanto nuestros anhelos como el conocimiento de Dios (CCC 1718). Verle y conocerle constituirá nuestra más perfecta felicidad: el cielo. (CCC 1024).

Entonces ¿por qué es nuestro conocimiento de Dios tan débil y nebuloso hasta el punto de convertir a Dios en una idea irreal? Muchas son las causas. Nuestra razón es débil, permanecemos preocupados con lo que nos es más inmediato, nos aferramos a la superficie sensorial de las cosas.

Sobre todo, sin embargo, estamos paralizados por un letargo intelectual, que procede del pecado original, que nos permite escapar del esfuerzo y el sacrificio que implica la búsqueda de la verdad (CCC 37). Para conocer a Dios, debemos buscarle y eso requiere quererlo con todas nuestras fuerzas. Estamos faltos de fuerzas. Dios ciertamente nos ha dado la razón y la voluntad para buscarle y encontrarle. Pero permaneceríamos, por nuestra parte, “en las sombras y en la oscuridad de la muerte” (Luc 1: 79) si Él no se

hubiera acomodado a nosotros en una forma completamente nueva: a través de su revelación.